

Introducción

Tanto el vino como el pan son los pilares agrícolas y culturales en los que se asienta toda nuestra civilización, o sea, todo un modo de pensar, obrar y entender la vida¹. Pero desde luego estos basamentos no lo son solamente de la que ahora conocemos como civilización occidental sino que lo fueron, y en gran medida, de todas las culturas de la antigüedad. El vino, en particular, nace, como la cultura, en las zonas templadas de nuestro planeta, al abrigo de los excesos climáticos y abonado por el refinamiento y la civilización.

Ya hemos hablado del pan y esbozado su historia; digamos ahora que el vino —tan ligado a él en la iconografía cristiana— no se queda atrás en antigüedad, prestigio y difusión. La viña —*Vitis Vinífera* según bautismo de Linneo— se originó en las grandes estepas de Asia² como planta trepadora que cubría de espesos bosques de lianas enormes extensiones de terreno. La antigüedad de los antepasados

1. Para sostener esta afirmación, de la que ya hemos hablado en la Presentación, véase entre otros el capítulo «Los alegres bebedores: aviso y teoría de los vinos» en *La cocina cristiana de Occidente*. Alvaro Cunqueiro. Los 5 sentidos Ed. Tusquets, así como otros títulos de la misma colección.

2. Según J. Cuirana en *Els vins de Catalunya*, después del último período de máxima glaciación, la «vitis vinífera» que poblaba la Auropa Occidental quedó relegada a una sola zona, la de las costas del Mar Negro, en Georgia, donde la liana que después repoblaría toda la Europa Meridional pudo superar las temperaturas glaciales gracias a la protección de la cordillera del Cáucaso y la suavidad marítima (Servei Central de Publicacions de la Generalitat. Barcelona. 1979).

de la vid que ahora conocemos se calcula en unos cuarenta y cinco millones de años, sin embargo, desde la Era Terciaria hasta nuestros días la planta ha sufrido grandes cambios —«degeneraciones»— que, sabiamente controlados por el hombre, han producido los sabrosos resultados de los que todos disfrutamos.

Mucho se ha dicho y se ha escrito sobre el vino, su historia y su mitología, y si damos un ligero repaso a los datos que poseemos veremos que la peripecia histórica de la viña como productora de vino, o sea del proceso más o menos complejo de *vinificación*, se puede rastrear en todas las civilizaciones que compusieron el Mundo Antiguo. En la India, con los vocablos sánscritos *drabská amritaphala amritarasá* y *rasala* (vid y uva respectivamente) que corroboran su uso; en el Imperio Chino, que conoció ya el vino 2.000 años antes de nuestra era según una antigua tradición, y que en el año 1122 a. de C. ya reguló el cultivo de los viñedos del Emperador; en el Persa, en cuya cámara regia, además de 5.000 talentos de oro y 3.000 de plata, se guardaba una vid de oro que cubría el lecho real con sus pámpanos y racimos de gemas; y en el antiguo Egipto, citado en el Génesis XL, 10 y 11 como país productor y consumidor de vino, hasta llegar a nuestros más directos antepasados, Grecia, Roma y el pueblo hebreo.

El mundo clásico —entendiendo como tal Grecia y Roma— forjó gran número de mitos en relación con el cultivo de la vid y el descubrimiento de las propiedades de su fruto, atribuyéndolo a distintas divinidades o personajes mitológicos: el pastor Staphylos, Oristeo y la perra Oinos, Deucalión asesorado por Dionisos, Icaro por Baco, etc., aunque según Cornar (*Historia Scholastica*, Lubeck, 1613) estos mitos y otros similares como los de Prometeo, Saturno, Sileno, Liber, y Jano no son sino variantes paganas de la historia de Noé.

Llegamos así al meollo de la cuestión, al menos en lo que se refiere a la historia y la mitología cristiana. El vino, que por sus efectos parece alejado de la austeridad propagada por la religión hebrea, está estrechamente ligado a ella ya desde sus comienzos: Tanto la historia de Noé (en Génesis IX, 20 y 21), como los sacrificios cruentos se presentan unidos al vino en toda la historia del pue-

blo sagrado y atraviesan las barreras del Antiguo Testamento para instalarse en la cultura occidental a través de la consagración de la Santa Cena y el sacrificio incruento de la Misa.

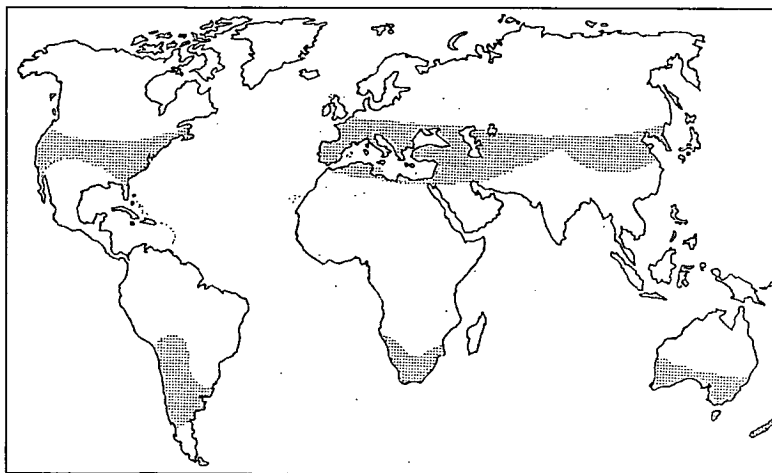
No es de extrañar que, aposentado ya en la vida y en las conciencias de los cristianos —sublimado por la nueva Iglesia el estigma de Noé— los mismos cristianos se dedicasen con ahínco al cultivo de la vid y a la elaboración de su zumo. Y fue el clero, por medio de los monjes y monasterios, quien se empeñó en ello con más asiduidad y mejores resultados³. Ya en el dominio románico, los viñedos y los vinos dieron fama y riqueza a las distintas regiones que los producían, los invasores bárbaros los respetaron y protegieron con sus leyes⁴ y reyes y emperadores, entre ellos Carlomagno, favorecieron en gran manera su extensión y selección. De la historia más reciente del vino y de su protagonismo tenemos tan abundantes pruebas que no es necesario insistir una vez más en ello. Pruebas literarias (el «vaso de bon vino» de Berceo y de un extenso número de autores que le siguen y preceden), pruebas artísticas (menologios y capiteles de catedrales y monumentos románicos y góticos), y pruebas arquitectónicas (bodegas y lagares de monasterios, prensas, etc.) atestiguan su extensión e influencia.

Sólo nos resta recoger, seleccionar y reproducir pruebas lingüísticas que, en el ámbito hispano, se sumen al resto de los testimonios que acabamos de enumerar. Pruebas lingüísticas que en nuestro caso serán —como hemos hecho con el pan— refranes, dichos, máximas o locuciones relacionadas con el cultivo de la viña y con el proceso de vinificación y que nos permitirán reconstruir por vía paremiológica las labores o faenas propias de toda esta área de cultura material.

3. «Los frailes de S. Antonio de Pamiers regalan a Poblet esquejes hermosísimos, pronto extendidos por Tarragona. Y un Cardenal de Palestrina mandó a Gandía la palermitana, la vid de uva de plata, muerta en una peste en el XVIII. Y de las casas de Cluny y el Císter en el Périgord y en la Turena vinieron a la Rioja las cepas madres, que hoy son, de Oña a Tudela, las vinas de España. Y de los monasterios burgaleses a los gallegos del Sil y del Miño enviaron los buenos benitos las hijas francesas que actualmente son Peares y Ribeiro, ilustres y punteros, padres de la color». (Alvaro Cunqueiro, op. cit. pág. 99).

4. Las leyes visigodas protegían las cepas y los viñedos. Las *Capitulaires* de Carlomagno atestiguan la protección que éste como otros monarcas medievales dispensó a la viticultura.

Para la clasificación y presentación de estos refranes nos valdremos del mismo código empleado en la selección de los refranes del pan, código cuya reproducción obviarnos por encontrarse suficiente explicitado en la Nota Introdutoria del texto citado.



Las zonas de cultivo de viñedos en el mundo se corresponden con las áreas de clima templado. (*Els vins de Catalunya* de J. Ciurana).